

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 13

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 19 DE DICIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Una hora con José Enrique Rodó*, por Rafael A. Arrieta.—*El gorjeo de Ariel*.—*Un Congreso libre de intelectuales latino-americanos*, por Edwin Elmore. *In promptu dominical*, por Manuel Segura.—*Un Instituto internacional en España*, por E. Gómez de Baquero.—*Un mensaje de Lugones a la Prensa española*.—*Una tarde con Lucrecio*, por R. Brenes Mesén.—*El Dinero nuestro Rey y el Negocio nuestro Dios*, por E. W. Box.—*Impresiones de arte* (Continúa), por R. Yglesias Hogan.—*El poema de los Caminos*, por G. A. Prado.—*Las obras del sabio Caldas*, por Eduardo Posada.—*La lluvia prometida*, por A. H. Pailais.—*Oh Tierra!*, por Eduardo Uribe.—*Martes*, por A. Arias.—*Centenario de Valera*.—*No sé cuándo... no sé...!*, por J. J. Salas Pérez.

Una hora con José Enrique Rodó

(De La Prensa, Buenos Aires).

SORPRÉNDEME reconocer todavía el eco de su voz, intacto, inconfundible, como nielado, entre los ecos difusos que dan a nuestro corazón la resonancia del caracol marino! Oh, magia de las voces muertas, incorporadas a nuestro ser, latientes en un reposo hermano del olvido, vibrátiles en nuestro silencio, siempre dóciles para abandonar su alvéolo y acudir, a través del laberinto de la memoria, a la encantación del recuerdo! Sobreviven al instrumento, aladas e incorruptibles; mas sólo vivientes en los receptores de una amorosa fidelidad, reencarnadas en nuestros latidos, hablan mezclándose al caudal de nuestros pensamientos y se apagarán definitivamente con nosotros...

¿Y qué otra cosa, fuera de la voz, hubiese podido recoger de aquella misteriosa impresión corporal? Ni la mirada ni el gesto eran perceptibles en la penumbra intensa de la estancia.

Sólo la voz, como llegada de los muros vaporosos; la voz descorporizada y flotante, aliento de la sombra...

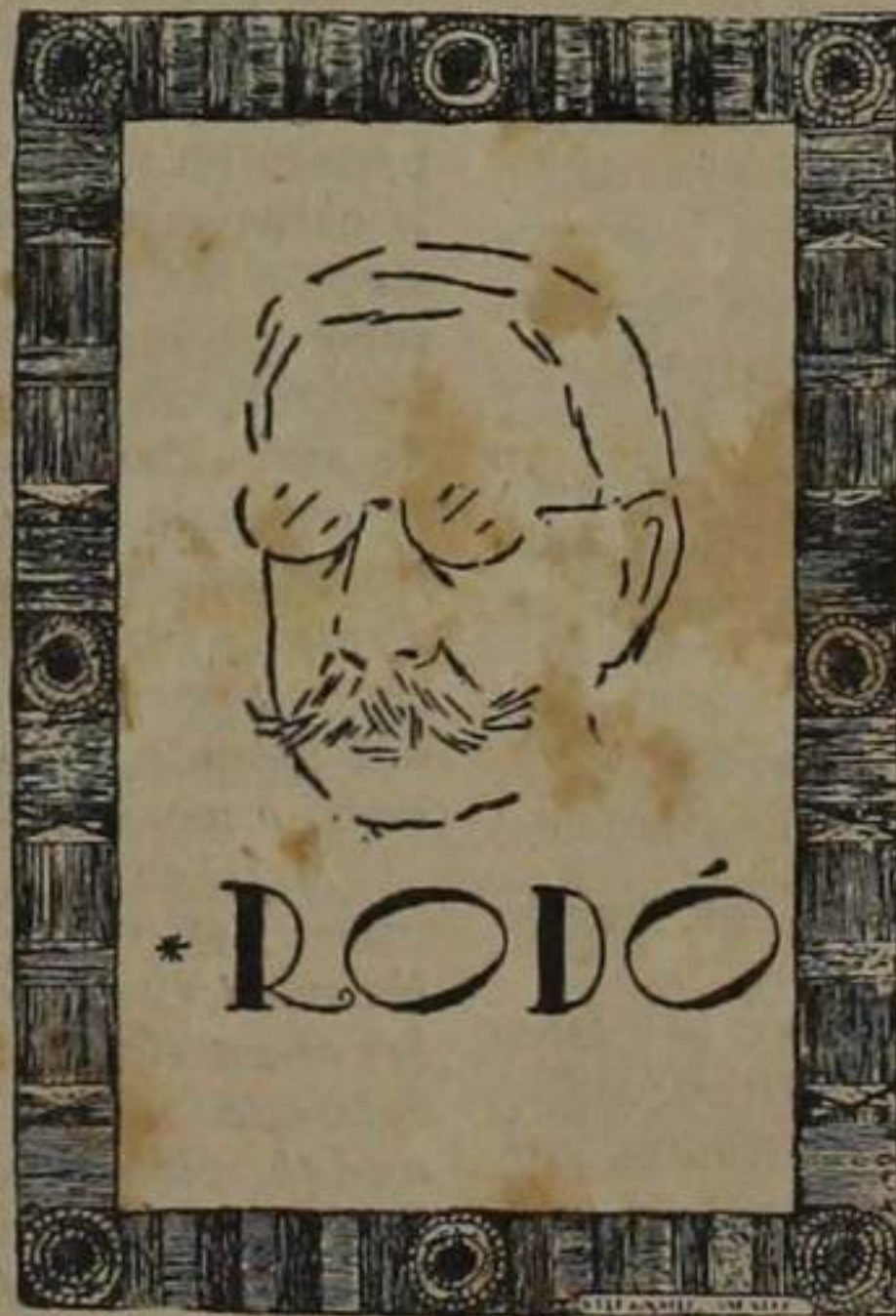
Conservo así un recuerdo como de sueño. ¡Ah, si de todos los hombres a los cuales nos aproximamos un día con la curiosidad infantil de conocer personalmente a quienes ya amábamos en espíritu recogiésemos una imagen tan sutil y esencial! Salimos de esos encuentros, la mayor parte de las veces, desencantados y arrepentidos, como el niño que ha desarticulado su juguete predilecto. ¿Eso era todo? Y ya no podemos volver a la obra amada sin tristeza...

La voz de la penumbra

Fué un año antes de su muerte.

Alguien me había advertido, al conocer mi propósito: «Rodó lo recibirá a oscuras; es su costumbre». Solicité al maestro una entrevista, y fijóla, en efecto, para la última hora de la tarde.

Era el mes de febrero. Volvíamos con un amigo de las playas, fatigados y aturridos: el sol tórrido, la arena



centelleante, la promiscuidad de una muchedumbre de balneario. La ciudad nos pareció silenciosa y sedante. La calle Cerrito, donde vivía el escritor, estaba casi desierta. Cuando llamamos al ancho portal, la noche comenzaba a espolvorear el aire.

En lo alto de las escaleras brillaba un foco. Ascendimos... Yo me sentía dominado por una extraña sensación de ansiedad y timidez, como el amante que acude a su primera cita. ¡Estrechar la mano que ha escrito un libro hermoso! ¡Dialogar con un espíritu superior que a larga distancia nos sedujera y deslumbrara! ¿Y si el encanto se rompe miserablemente?

Se nos condujo a una sala pequeña y sin luz. Apenas entramos nos saludó una voz grave. Miré al lugar de donde provenía y sólo distinguí, contra el muro más sombrío, una figura corpulenta, algo encorvada. Por la puerta, pintando débil franja, llegaba

un reguero de claridad exterior y en su plano había una silla para el visitante. Invítome a ocuparla; así podría él observarme sin ser visto.

Hablamos... Habló el maestro, de arte, de letras y hombres, de sus manuscritos inéditos, de un vasto plan de revista latinoamericana que no llegó a realizar. Y al referirse a su pasión política—sonámbulo de la belleza que baja al patio de las fieras—habló con melancolía de próximas luchas que atormentaban el ambiente. Su palabra, precisa y reposada, desenvolvía naturalmente ideas y juicios que parecían haber sido madurados en largas reflexiones. Medido en su cortesía al evocar el país del visitante, discreto al mencionar el suyo, generoso sin ampulosidad, sobrio sin evidente reserva, comentó hechos y libros, autores e instituciones.

Yo intentaba adaptar mi visión a la oscuridad y arrebatarle su aliado. Allí estaba la frente del pensador, dos veces impenetrable. Hubiera querido descubrir en ella el relieve de las ideas nobles, la modelación del espíritu armonioso que creemos sorprender entre las sienas de un artista. Allí estaban los ojos, abejas infatigables de los